

con que la obra aventaja a la materia. Infinitas figuras y rostros he contemplado, que no puedo describir; paréceme no haber visto jamás cosa alguna que por su hermosura pueda atraer tanto a las miradas humanas.

Las plumas de ave que desconocemos son brillantísimas; que así como ellos se admirarían de las colas de pavo real, del faisán, así nos asombramos nosotros de las plumas con que fabrican abanicos, penachos y otros adornos, cuyo color natural es azul, verde, amarillo, blanco y oscuro. De oro construyen asimismo todos los sobredichos instrumentos.

[...]

También vinieron adargas, petos y escudos. 24 de oro y cinco de plata y una rodela de cuero, entretejida de diferente plumaje en cuyo centro estaba incrustada una placa de oro con la efigie de un zeme [...] Grandes mantas de algodón entretejidas de blanco, negro y amarillo, como tablero de ajedrez, lo cual da a entender que entre ellos se conocen los cubiletes de dados; otra negra, blanca y colorada por de frente y rasa por dentro sin adornos; otra igualmente tejida de muchos colores con una rueda negra en medio, con sus rayos y entremezclada de lucientes plumas [...] velos ligerísimos de cabeza y otras muchas cosas más lindas que ricas, las cuales paso en silencio por no causar fastidio en lugar de agrado a Tu Santidad... (Anglería, 1964: 429-31; Déc. IV, Lib. IX).

La descripción de Anglería es tan perfecta que podrían identificarse los objetos en los códices de la época —por ejemplo, las mantas del código Magliabecchiano— o en las series de los objetos de plumería que aún se conservan en el Museo Etnográfico de Viena. Lo mismo podría decirse de la descripción de los indios totonacas que venían a Europa con las joyas:

...Son gente algo morena. Ambos sexos se perforan el lóbulo de las orejas y llevan pendientes de oro y pedrerías; los varones, además, agujerean todo el espacio comprendido entre el margen extremo del labio inferior y las raíces de los dientes de abajo y a la manera que nosotros engastamos en oro las piedras de nuestros anillos, así ellos incrustan en aquél hueco una ancha lámina, de la redondez de una moneda carolina de plata y del grueso de un dedo que sujeta por dentro la parte saliente. No recuerdo haber visto nunca nada tan feo; ellos creen, por el contrario, que no hay cosa más elegante bajo la capa del cielo... (Anglería, 1964: 423; Déc. IV, Lib. VII).

Además de las descripciones de Bernal Díaz del Castillo y de Pedro Mártir de Anglería, Bartolomé de Las Casas ha debido contemplar aquellas joyas en Sevilla, pero hay, sin duda, otras narraciones más cortas y tenemos, por último, el informe de Gasparo Contarini, embajador de Venecia ante Carlos V «que ha visto objetos similares enviados a España entre 1521 y 1525» (Feest, 1992: 112-113).

Pero, sin duda, una de las mejores descripciones de esta primera colección o tesoro de Moctezuma es la de Fray Bernardino de Sahagún que, aunque muy tardía, describe con mucho realismo las obras suntuarias de valor ceremonial que podrían haber sido los atuendos dignos del dios Quetzalcóatl, tal como pretendía el tlatoani de Tenochtitlan:

Primeramente una máscara de mosaico de turquesas; tenía esta máscara labrada de las mismas piedras una culebra doblada y retorcida cuya doblez era el pico de la

nariz y lo retorcido iba hasta el frente; era como lomo de la nariz; luego se dividía la cola de la cabeza y la cabeza con parte del cuerpo iba por sobre un ojo, de manera que hacía ceja y la cola con parte del cuerpo iba sobre el otro ojo y hacía otra ceja. Estaba esta máscara enjerida en una corona alta y grande, llena de plumas ricas, largas y muy hermosas de manera que poniéndose la corona sobre la cabeza se ponía la máscara en la cara. Llevaba por joyel una medalla de oro redonda y ancha [...] Llevaba también una rodela grande bordada de piedras preciosas [...]

Llevaron también los ornamentos o atavíos con que se ataviaba Tezcatlipuca, que era una cabellera hecha de pluma rica que colgaba por la parte de atrás hasta cerca de la cintura; estaba sembrada toda de estrellas de oro [...]

Llevaron también los atavíos y ornamentos del dios que llamaban *Tlalocantecuhтли*, que era una máscara con su plumaje [...] También unas orejeras de *chalchihuitl* anchas.

Otros ornamentos también que llevaban eran del mismo *Quetzalcouatl*. Una mitra de cuero de tigre [...] (Sahagún, 1990: 954-55; Libr. Xll, cap. 4).

Una vez que el precioso *Tesoro de Moctezuma* hubiese sido contemplado en Sevilla, Toledo y Valladolid acompañó al joven monarca que iba a ser entronizado como Sacro Emperador Romano y en el otoño de 1520 se exhibió en la gran sala del Palacio del Ayuntamiento de Bruselas, donde pudo contemplarlo el ya famoso pintor Alberto Durero que viajó de Nuremberg a Flandes en los últimos días de agosto y primeros de septiembre con la pretensión de entrevistarse con el nuevo emperador «para que le confirmase la pensión que le había asignado su abuelo, el recién fallecido emperador Maximiliano» (Martínez, 1990: 186-87).

La contemplación de aquellas joyas impresionaron de manera profunda a Durero, de modo que en su *Journal du voyage dans les Pays-Bas* dejó consignado su sentimiento de admiración (Palm, 1951: 64):

He visto también cosas que le han traído al rey desde el nuevo país del oro: un sol enteramente de oro de una braza de grande de anchura, así como una luna toda ella de plata, del mismo tamaño, así como dos salas llenas de piezas de la misma naturaleza, también toda clase de armas, de arneses, piezas de artillería, maravillosas defensas [¿escudos?], hábitos y literas extrañas y toda clase de cosas maravillosas destinadas a todos los usos que son más bellas de ver que muchos prodigios. Estas cosas han costado todas muy caras y se han estimado en cien mil florines. Y sin embargo, en toda mi vida he visto jamás cosas que tanto deleitaron mi corazón como aquéllas. Pues he visto entre ellas admirables cosas artificiales y me he maravillado de la sutil ingeniosidad de gentes de países lejanos. Y no se cómo explicar las cosas que había allí (Feest, 1992: 110).

De los muchos objetos extraños y ricas joyas que llegaron como regalos para el Emperador, algunos eran tan raros como los «códices». La lista de Bernal Díaz del Castillo menciona dos, cuya identificación ha sido discutida por los especialistas. Zelia Nuttall supuso que se trataba del *Códice de Viena* y el *Códice Zouche-Nuttall*, de la región mixteca, de Oaxaca (Martínez, 1990: 184); sin embargo, para J. Eric S. Thompson (1988: 14) parece más probable que fuesen de origen maya y que hubiesen sido recogidos

por Hernán Cortés entre Cozumel y Cempoala, cerca de la cual Bernal Díaz menciona el hallazgo de muchos libros o códices en un templo.

Si consideramos que el *Tesoro de Moctezuma* no es solamente el envío de 1519 (García Moll *et al.*, 1990) sino todos los que se verificaron en los primeros años desde la conquista de la ciudad de Tenochtitlan, tendremos que mencionar varios inventarios de tales envíos que han llegado hasta nosotros, unos con fecha y otros sin ella, pero de esa época.

Uno de los primeros inventarios a tener en cuenta es el que lleva fecha de 15 de mayo de 1522 (Colección, 1864-84, Xlll: 353-61), según el cual Hernán Cortés envía a la península 260 objetos, además de una cierta cantidad de oro fundido. Entre los objetos destacan 84 piezas de plumería, mantas y vestidos de cuero y hay, además, 53 piezas de jade y oro representando figuras antropo y zoomorfas. Hay también diez piezas de oro —una mariposa, dos máscaras y un lanzadardos— treinta y ocho joyas de oro y otras muchas piezas de carácter muy diferente (Cabello, 1989: 24). Con fecha 20 de diciembre de ese mismo año se sabe que Cortés envía al Emperador a través de Dávila y Quiñones otro conjunto de 149 piezas, de las cuales 128 parece que eran de oro o de plumería con adornos de oro, por ejemplo un centenar de rodelas. Ese conjunto de piezas parece que se guardaban en el palacio de Moctezuma (Cabello, 1989: 24-25), aunque, evidentemente no constituían el «tesoro de Axayacatl».

Es muy probablemente de 1524, aunque el documento no lleva fecha, una «Relación de las cosas de oro que van en un cajón para Su Magestad», las cuales lleva a cargo Diego de Soto (Colección, 1864-84, Xlll: 339-44) y que reproduce García Moll (1990: 104-105). Por último, en 25 de septiembre de 1526, Cortés remitió desde Tenochtitlan (Muller, 1985: 10), varios collares de oro y piedras semipreciosas —jades y jadeítas— con cuentas que representaban animales diversos (Cabello, 1989: 24) que fueron inventariados por Cristóbal de Oñate (García Moll *et al.* 1990:107).

En el mismo tomo de la «Colección de documentos inéditos» se publican varios que no llevan fecha pero que muy probablemente corresponden a ese mismo período de tiempo, como son los siguientes: [1] «Memorias de piezas, joyas e plumajes para Su Magestad desde la Nueva España» (Colección, 1864 84, Xlll: 345-49); [2] «Relación de las cosas que lleva Diego de Soto del Señor Gobernador, allende de lo que lleva firmado en un cuaderno de ciertos pliegos de papel para Su Magestad» (Colección, 1864-84, Xlll: 349-52); [3] «Memoria de los plumajes e joyas que se envían a España para dar y repartir a las iglesias e monasterios e personas particulares» (Colección, 1864-84, Xlll: 318-29).

¿Qué es lo que pasó con todos esos cientos o miles de objetos llegados a Europa entre los años 1519 y 1526 ó 1530? Lo primero que habría que

decir es que Carlos V, como Emperador de Alemania, debió regalar un buen número de ellos a muchos de sus parientes: a su tía Margarita de Austria le regaló 78 objetos mexicanos, pero ésta, a su vez, regaló catorce de esas piezas al Duque de Lorena y otras seis al Príncipe-Arzbispo de Mayence; otros once objetos mexicanos fueron a parar a manos del Archiduque de Austria, hermano menor de Carlos y que sería Emperador con el nombre de Fernando I. De esta colección que, en parte, se conservó en el castillo de Ambras, se rescataron algunas piezas que aún se conservan en el Museo Etnográfico de Viena. Ese ir y venir de piezas exóticas, como regalos de parientes a parientes, es prácticamente imposible de seguir, aunque algo se sabe de algunas de ellas (Cabello, 1992: 38).

Aunque es perfectamente posible que ciertas de aquellas primeras muestras del arte mexica queden en manos de particulares, la mayor parte ha venido a recalar en los principales museos etnográficos y arqueológicos de Europa: se trata fundamentalmente de objetos de madera, algunos de los cuales se cubren con mosaico de turquesa o con chapa de oro, raras piezas de plumería, objetos de jade o jadeíta y piezas de orfebrería.

Los llamados *mosaicos de turquesa* son esculturas en madera cubiertas con mosaicos de piedras diferentes, entre las que la turquesa prepondera pero no es la única, ya que alterna con conchas rojas o blancas, jadeíta, malaquita, berilo, lignito, pirita de hierro, etc. La mayor cantidad y los mejores ejemplares de este finísimo arte mixteca realizado principalmente durante el imperio mexica, se conserva en el Museo Británico, en el Museo Prehistórico Luigi Pigorini de Roma y en el Museo Nacional de Copenhague. Es probablemente la del Museo Británico la colección más abundante (Carmichael, 1970). En ella se destacan dos máscaras humanas y una de animal casi enteramente hechas con turquesa; un famoso cuchillo de sacrificios con personaje mitológico en la empuñadura; la serpiente con dos cabezas y el cráneo humano recubierto con bandas de mosaico, así como otras piezas —un yelmo y una escultura zoomorfa— de menor valor (Pasztor, 1983: láms color 54, 55, 57-61 y 63). En segundo lugar habría que mencionar la colección que se guarda en el Museo Luigi Pigorini de Roma, donde se conservan dos espléndidas máscaras y dos empuñaduras de cuchillos de sacrificio que se cuentan entre las piezas más bellas y perfectas de los mosaicos de turquesa (Brizzi, 1976, láms. 76-78 y 86). Por último, en el Museo Nacional de Copenhague se conservan dos esculturas representando la cabeza de Tláloc o de Quetzalcóatl en mosaico sobre madera, que aunque muy deteriorada es una de las obras maestras del género (Arte, 1992: 178, n° 97) y otra cabeza surgiendo de las fauces de una serpiente.

De entre las piezas en madera, algunas de las cuales se han recubierto con láminas de oro, se encuentran los propulsores o lanzadardos —atlatl—